

LOS CATÓLICOS EN EL DEBATE DEL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN DE
MAYO: NACIONALISMO, CUESTIÓN SOCIAL Y CIUDADANÍA
(1910-1919)

María C. Pía Martín
Fac.Ciencia Política y RRII /Derecho –UNR-
Instituto Olga Cossettini

Hacia 1910, estimulada por el aniversario de la Revolución de Mayo, la sociedad argentina se abría a sucesos de notable significación. Muchos intelectuales iniciaron la revisión de los cien años de historia independiente desde una perspectiva política, económica y sociocultural. A las voces de tono celebratorio, se sumaron otras de carácter crítico que dieron lugar a la emergencia de un primer nacionalismo representado por jóvenes intelectuales como Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y José María Ramos Mejía.¹ Estas ideas nacionalistas, reformuladas en el marco del Centenario de la Revolución de Mayo, se orientaban a revisar el impacto socio-cultural de la modernización económica y la inmigración masiva. En la práctica, hacia 1910 se planteó la disputa por un nacionalismo cultural de rasgos definidos, esencialistas, que recortaba la lealtad nacional y el patriotismo sobre la noción de singularidad, e introducía el deseo de revisar las libertades -consideradas excesivas- que establecía la Constitución Nacional. Este novel nacionalismo se contraponía a otro más proclive a reivindicar un concepto de patriotismo y civismo fundados en el ejercicio de derechos y obligaciones ciudadanos, en el marco de una sociedad culturalmente heterogénea.²

El gobierno organizó multiplicidad de festejos mientras se produjo en el país un clima que llevó a la realización de numerosas actividades, movilizando a nativos y extranjeros -procesiones cívicas, inauguración de estatuas, fuentes y símbolos alusivos por toda la ciudad-, entre las que cabe destacar diversas manifestaciones estudiantiles que colmaron las calles de Buenos Aires con jóvenes movidos por el espíritu patriótico y festivo. Según Fernando Devoto, en el Centenario comenzaban a alumbrar claves ideológicas que estaba incorporando todavía tímidamente la clase dirigente, como la catolicidad y el hispanismo, a la vez que la tradición republicana –asociada al liberalismo y el cosmopolitismo- mostraba su debilidad, en tanto soplaban aires de

¹ BERTONI, Lilia Ana, “1910 y la emergencia de la “otra” nación”, en NUN, José (comp), **Debates de Mayo. Nación, cultura y política**, Buenos Aires, Gedisa, 2005, p. 197.

² Ibidem.

reforma.³ Pero no se alcanzaba a ocultar la conflictividad latente, cierta sensación de “*amenaza social*” que había recuperado impulso en 1909, ante la muerte del Cnel. Ramón Falcón a manos de un militante anarquista. También se sumó una campaña por la derogación de la Ley de Residencia, una huelga general y diversos atentados a medida que se acercaba el 25 de Mayo de 1910.⁴ De esta forma, el movimiento obrero de la época intentó apropiarse de la fecha patria. No obstante, pronto se iniciaría el declinio que, en el marco del regeneracionismo político, sufrió el movimiento anarquista en la Argentina.⁵ Según Botana, en torno a 1910 se instaló una importante polémica respecto de la legitimidad republicana y la Constitución, que ponía en juego el problema de la representación política, y daba lugar a la cristalización de varias tendencias regeneracionistas –lideradas por Alem, Yrigoyen, o quienes desde el gobierno encarnaban la alternativa análoga- y reformistas -representadas tanto por el socialismo como por ciertas tendencias gubernamentales-, que venían constituyéndose en el país desde 1890.⁶

Para Botana, ese año se abría un arco que cerraba en 1930, el cual hablaría de la frustración de una “*primera transición a la democracia*” en la Argentina.⁷ Por el contrario, creemos que en este período subyacía una profunda crisis del modelo democrático liberal decimonónico que la república ampliada de los radicales no logró conjurar.⁸ Los católicos de la elite, tanto como los militantes comprometidos con el reformismo social no fueron ajenos a las discusiones que se planteaban en torno a los años del Centenario sobre la república democrática, el patriotismo y la “*amenaza social*”. En este contexto, el período aquí considerado representa para los católicos el

³ DEVOTO, Fernando, “*Imágenes del Centenario de 1910: nacionalismo y república*”, en NUN, José (comp), **op.cit.**, p. 187.

⁴ ZIMMERMANN, Eduardo A., **Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina (1890-1916)**, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de san Andrés, 1995, pp. 153-161; DEVOTO, Fernando, ed.cit., p. 188.

⁵ DEVOTO, Fernando, ed.cit. En realidad, el retroceso del anarquismo fue sobre todo en el ámbito urbano y en el caso de Rosario, prácticamente desde 1908. Por el contrario, en el espacio rural santafesino los anarquistas avanzaron sobre la organización de los trabajadores rurales y fue notable su activismo desde la coyuntura de la Primera Guerra Mundial. (VIDELA, Oscar (comp), **El siglo XX, Problemas sociales, políticas de Estado y economías regionales**, Rosario, Prehistoria/La Capital, p. 23; Cfr. ASCOLANI, Adrián (comp.), **Historia del Sur Santafesino. La sociedad transformada (1850-1930)**, Rosario, Ediciones Platino, 1993, pp. 201-268; FALCÓN, Ricardo, **La Barcelona Argentina**, Laborde Editor, Rosario, 2005).

⁶ BOTANA, Natalio, “El arco republicano del Primer Centenario: regeneracionistas y reformistas (1910-1930)”, en NUN, José, **op.cit.**, p.120-131.

⁷ Ibidem.

⁸ Cfr. HALPERÍN DONGHI, Tulio, **Vida y muerte de la República verdadera**, Buenos Aires, Ariel, 1999.

origen de preocupaciones que los llevaría a repensar prioridades, poniendo en evidencia paradojas latentes, cuyos intentos de resolución quedarían para la década siguiente.

La Iglesia jerárquica ante el Centenario

Ante las celebraciones en marcha, Gustavo Franceschi, redactor de la Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires, pidió a los obispos del país que se pronunciaran sobre el Centenario de la Revolución de Mayo. En la mayoría de los escritos publicados -más allá de algún particularismo o diferencia regional que planteara cada diócesis- había un reconocimiento del progreso material logrado en los años precedentes, pero su contracara sería el riesgo del materialismo y el abandono de los fundamentos morales y religiosos de la vida social. Algunos escritos, mencionaban además los enemigos a temer: el liberalismo, el anarquismo, el ateísmo, la impiedad.

El obispo de Córdoba, Mons. Zenón Bustos y Ferreyra destacaba la pacificación y el progreso como notas fundamentales de la época: *“Casi al ocaso del centenario que hoy se celebra, recién llegó la paz, y con pocos años de su venturosa compañía, han podido brotar exuberantes los veneros de abundante riqueza y derramarse hasta cubrir el país entero. Los caminos de hierro se alargan sin detenerse, los establecimientos industriales y fabriles se multiplican y difunden, los puertos se llenan de naves mercantes...; las finanzas se afianzan y adquieren intensidad y extensión; los bancos llenan de oro sus arcas; el crédito abre puertas de mercados cada vez más lejanos. Un siglo de paz pondrá a la nación en condiciones de una opulencia sorprendente.*

*La opulencia como resultado de la paz sólo puede ennoblecer a la nación dirigida por la religión. Marchando ésta en menoscabo en el pueblo, aquélla puede llegar a serle nociva... La mayor opulencia de la nación y su menor religión, a más del peligro de entregar a sus hombres al capricho de sus propias pasiones...(tiende) a desvirtuar el patriotismo, desterrar los altos y puros ideales y destruir el espíritu de sacrificio en bien de la misma patria”.*⁹

La cita refleja un sentimiento bastante difundido entre los miembros del Episcopado Argentino de entonces: la pacificación del país habría permitido una prosperidad económica creciente, que no parecía detenerse. Tal prosperidad sólo podía ser positiva en una nación donde el pueblo estuviera cristianizado y donde los principios morales movieran a los ciudadanos al sacrificio por la nación. El progreso económico

⁹ Del Ilmo. Señor obispo de Córdoba, en AUZA, Néstor T. (recopilador), **Documentos del Episcopado Argentino (1910-1921)**, Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires, 1994, 22-25

sin religión sólo podía expresar un materialismo hueco, en cambio, con un fundamento religioso, era sustento de una nación cristiana. Y, si la nación era cristiana, la virtud del patriotismo inspiraría a los ciudadanos, distendiendo el conflicto social y apartando al pueblo de los “*demoledores del progreso*”, probable referencia a los anarquistas.¹⁰ Se identificaba la virtud cristiana con el patriotismo, y ambos con la *paz social*; y se planteaba la necesidad de catolizar a las masas populares, deber que recaía en el clero y en la escuela católica. Para el clero, esta función no era sólo deber de su ministerio, sino también expresión de su patriotismo. El sacerdote y la escuela formaban parte de una nación que demandaba su entrega para construir la paz social.¹¹

Por otro lado, varios de los obispos insistían en las convicciones cristianas de los héroes que fundaron la nación: “*¿Qué se propusieron nuestros padres al independizar la América de España? ¿Acaso sacudir el yugo de toda autoridad? ¿Acaso el separarse de la Iglesia? No, porque entonces no se conocía el anarquismo, y aún cuando se hubiera conocido, no hubiera encontrado el campo propicio, ni en la inteligencia ni en el corazón de nuestros grandes patriotas*”.¹² La jerarquía eclesiástica articulaba la cristiandad de la nación con sus fundadores y también reivindicaba en ello la herencia española –“*nunca agradeceremos bastante a España, por haber sido ella instrumento fiel de Dios*”-¹³. Con esto, se reforzaba la convicción de que si no se enseñaba religión no se tendría patria, porque la patria era cristiana. También se resaltó la participación del clero católico en el proceso de emancipación, a tal punto que el obispo de San Juan llegó a afirmar que “*al clero se debe la independencia de la patria*”.¹⁴

Estaba implícito en este discurso el antiguo reclamo frente a las políticas liberales que pretendieron secularizar la sociedad y subordinar la Iglesia al Estado, cristalizando en forma de conflicto abierto ante las leyes de educación común y matrimonio civil, el siglo anterior. Pero esa Iglesia también reflexionaba en un contexto donde se discutían los resultados de la reciente política inmigratoria y la idea de nación ante su impacto cultural, político y social; donde emergía tímidamente una visión esencialista de nación enlazada con el catolicismo y la hispanidad, cuando todavía persistía otra más secular y liberal; finalmente, un momento donde estaba muy fresca la huelga del 1° de mayo de 1909 y el posterior asesinato de Ramón Falcón, a la vez que

¹⁰ *Del Ilmo. Señor obispo de Córdoba...*

¹¹ *Del Ilmo. Señor obispo de Córdoba...op.cit.*, p. 24.

¹² *Del Ilmo. Obispo de La Plata...op.cit.*, p. 19

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Del Ilmo. Obispo de San Juan...op.cit.*, p. 21; Cfr. *Del Ilmo. Obispo de Salta...op.cit.*, p. 17.

se anunciaban diversas acciones planeadas por sectores del movimiento obrero para confrontar los festejos oficiales, apropiarse del Centenario y resignificarlo.

La referencia explícita al anarquismo realizada por los preladados indicaba dos preocupaciones claves para la Iglesia de la época. Por un lado, según vimos, la sensación de que reinaban en la Argentina un escaso patriotismo y poca moralidad fruto del crecimiento acelerado, la opulencia y la ausencia de religión. Y, por otro, los contrastes que esa opulencia provocaba, que daba lugar a un *“agrrio antagonismo que separa a los capitalistas de los obreros”*¹⁵. O, según el arzobispo de Buenos Aires *“Y...si en estos momentos de júbilo nacional y de santo orgullo que sentimos ante la grandeza de la Patria que ha vivido tanto en tan poco tiempo; sin estos momentos con las alegrías se mezclan las zozobras; y con las esperanzas se entrelazan las dudas y bajo las grandezas tiemblan amenazadoras las catástrofes, como un volcán que se agita; es porque en medio de nosotros existen masas populares en las cuales se ha debilitado y extinguido la idea religiosa y por consiguiente el sentimiento íntimo del deber y el patriotismo”*.¹⁶ Este discurso expresaba incertidumbre, contradicción y temor frente a una sociedad más compleja donde las masas se percibían lejanas a la Iglesia y, por tanto, ajenas a las raíces de la patria, sea por su carácter de extranjeros, sea por las ideologías que influían sobre amplias franjas de la población más humilde o, en mayor medida, debido a la ausencia de una educación religiosa adecuada a las circunstancias. La identidad entre religión católica y patriotismo parecía ser nuevamente la clave del razonamiento de este obispo.

En este contexto, se entiende que la Iglesia institucional tendiera a profundizar las líneas de acción del periodo precedente, relanzando algunas asociaciones e iniciativas, o fomentando otras. Empezó a vislumbrarse en el catolicismo social un reformismo más estrechamente articulado con la idea de nación y el compromiso cívico de los católicos, y un especial interés de difundirlo entre las masas populares. Organizaciones como la Liga Social Argentina, la Unión Democrática Cristiana, los Círculos de Estudios Sociales y los Círculos de Obreros se orientaron cada vez más hacia ese objetivo.

A continuación, nos detendremos en la Liga Social Argentina, los Círculos de Estudios Sociales y los Círculos de Obreros, con el objeto de rastrear los cambios que promovieron los católicos para mejorar su capacidad de *“cristianizar”* y *“nacionalizar”*

¹⁵ Del Ilmo. Señor obispo de Córdoba...**op.cit.**, p. 25.

¹⁶ Del Exmo. Y Rmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires...**op.cit.**, p. 11.

a las masas. Esta labor fue delineando a su vez un ideal de “*ciudadano católico*” que, progresivamente y por distintas vías, se intentaría transmitir a la sociedad.

La Liga Social Argentina.

En la Tercera Asamblea Nacional de Católicos Argentinos (1908) se decidió la creación de la Liga Social Argentina (LSA) cuyo objeto era “*sustentar la organización cristiana de la sociedad, combatir todo error y tendencia subversiva en el terreno social, é instruir al pueblo sobre los problemas y cuestiones que surgen del desarrollo moderno, á fin de cooperar en forma práctica a levantar intelectual y económicamente todas las profesiones y clases sociales*”.¹⁷ La finalidad de la LSA, puesta en marcha en 1909 por Emilio Lamarca, perseguía básicamente dos fines fundamentales: “*instruir*” y “*combatir*”.¹⁸ La LSA se proponía instruir al pueblo en los principios para una organización cristiana de la sociedad, atrayendo a las masas. Les proporcionaría entonces instrumentos de análisis para la realidad socio-económica nacida del proceso de modernización, previniendo de las “*falsas doctrinas*” y combatiendo su difusión mediante la instrucción del pueblo. Lamarca creía que era más eficaz la reforma que la represión.¹⁹ La Liga era una asociación de laicos –no eclesiástica, tampoco política- que lucharía, en el orden social e ideológico, contra el socialismo, el anarquismo, las asociaciones de librepensadores y la masonería.²⁰ Pero también fomentaría toda actividad que, de modo práctico, pudiera mejorar las condiciones económicas e intelectuales del pueblo, a la vez que contribuir a la reforma social y a la construcción de una sociedad cristiana. Resumía un proyecto de recristianización de las masas para combatir las ideologías adversas, organizándose de un modo compatible con el *progreso moderno* y con el estilo de vida de la sociedad capitalista.²¹ Se basaba en un individualismo de raíz moral y religiosa –*autodirección*- que, mediante el cumplimiento de los *verdaderos fines de su vida*²², pretendía volver más eficiente la *acción popular* de la Iglesia²³. La LSA también apelaba a la fe y al *sentimiento patrio* de sus miembros

¹⁷ “*Artículo 1º de los estatutos*”, citado en LAMARCA, Emilio, **La Liga Social Argentina**, Buenos Aires, Escuela Tipográfica del Colegio Pío IX de Artes y Oficios, s.f., Fascículo I, p. 4.

¹⁸ **Semana Social**, Buenos Aires, 3 de diciembre de 1911.

¹⁹ LAMARCA, Emilio, **op.cit.**, Fasc. I, p. 9 y Fasc. II, p. 8.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ LAMARCA, Emilio, **op.cit.**, Fasc.I, pp. 4-5.

²² LAMARCA, Emilio, **op.cit.**, Fasc. II, p. 35.

²³ LAMARCA, Emilio, **op.cit.**, Fasc.II, p. 35.

como impulso para la acción, pues consideraba que con esto contribuiría a la prosperidad nacional.²⁴

Lamarca definía a la LSA como una asociación seglar, social y económica de carácter general, cuyo fin era unir, disciplinar y preparar la acción social que, a la vez, se apoyaba en la autonomía de los individuos e instituciones a ella vinculados.²⁵ Seguía el modelo del *Volkverein* alemán y la presentaba como una asociación de personas, aunque podría aportar hombres, actividades de formación, material de estudio y divulgación e, incluso, de recursos financieros a las otras asociaciones eclesiales.²⁶

La LSA era una vasta empresa que proponía la formación ideológica, el disciplinamiento y el compromiso individual de los católicos con el fin de transformar la cultura y emprender la educación moral de las masas. Se ocuparía de la recolección de información, adoctrinamiento, propaganda y “*agitación*”, en el sentido de poner alerta y movilizar a los católicos en defensa de los intereses de la Iglesia, apoyándose en el contacto cara a cara.²⁷

Según Lamarca, el *Volkverein* se asentaba sobre una organización jerárquica bastante sencilla: *hombres de confianza* que actuarían en el espacio barrial, cada 20 o 40 familias católicas, visitándolas, conociendo sus necesidades, aportando folletería, impulsando ideas o iniciativas; el *gerente* que los coordinaba, daba instrucciones y recibía la información recogida por los *hombres de confianza*; y una *Oficina Central* por encima de ellos, manejando la estructura general en todo el país. Quienes se dedicaban exclusivamente a la institución debían tener un conocimiento específico –economía política o teología- y sus cargos eran rentados.²⁸ Uno de los objetivos prioritarios de esta entidad fue formar *elites* entre las *clases acomodadas*, a las que se concientizaba en las *Semanas Sociales* -así se las llamó también en la Argentina-; y crear asimismo *elites* dentro de la clase obrera, mediante cursos de capacitación intensivos.²⁹

El proyecto de Emilio Lamarca coincidía con la perspectiva que, en 1907, expresara Grote ante la Segunda Asamblea de Católicos Argentinos: faltaban los hombres debidamente formados y suficientemente comprometidos para llevar adelante

²⁴ Ibidem.

²⁵ LAMARCA, Emilio, **op.cit.**, Fasc. II, pp. 12-13.

²⁶ Cfr. LAMARCA, Emilio, **op.cit.**

²⁷ LAMARCA, Emilio, **op.cit.**, Fasc. II, pp. 22.

²⁸ LAMARCA, Emilio, **op.cit.**, Fasc. II, p. 34.

²⁹ LAMARCA, Emilio, **op.cit.**, Fasc. II, p. 45-46.

el plan del reformismo católico.³⁰ La idea de Lamarca era entrenar a esos hombres y facilitar la coordinación de las agrupaciones de acción católica, que mostraban signos de desorganización, discordias, indisciplina, lo cual provocaba ineficiencia, parálisis o fracaso de los proyectos. Formando grupos de elite dentro de cada clase social y multiplicando la propaganda, tanto por la acción individual de los militantes, como por la palabra escrita y los cursos dictados, se podrían impulsar con mayor eficacia las iniciativas del socialcristianismo en sindicalización, cooperativismo, círculos de estudio, conferencias y polémicas.

En nuestro país, la acción de la LSA tuvo dos aspectos concretos a los que dedicó gran interés: por un lado, la propaganda, oral o escrita, y de persona a persona.³¹ Y, por otro lado, una actividad orientada al asociacionismo y el cooperativismo. La LSA trabajó intensamente entre los sectores medios del campo, procurando el cooperativismo en todas sus formas y, sobre todo, mediante la creación de Cajas Rurales. El desarrollo del cooperativismo cristiano se asociaba no sólo con un mejoramiento material de las clases beneficiadas, sino que se creía que contribuía a preservar “*la familia, la patria y la religión*”, coadyuvando al progreso de la nación.³²

La LSA también se proponía constituir una asociación de tipo federativo, es decir, que nucleara las fuerzas católicas dedicadas a la acción social que se hallaban dispersas, asegurándoles la autonomía en sus prácticas específicas. Era un intento de cohesión y coordinación programática desde el laicado, pero en forma descentralizada. Y ayudaría a desarrollar la actividad social católica del país mediante la instrucción y una acción doctrinaria homogénea, canalizando en sentido eficaz las diversas iniciativas.

Sin embargo, esta concepción federativa, no era el modelo que el Episcopado veía como más apropiado. Esto hizo que la aprobación del proyecto de Lamarca, en 1908, hubiera encontrado serios obstáculos. Los hombres de la jerarquía veían con mejores ojos una confederación de instituciones católicas –cofradías, asociaciones, grupos congregacionales- que, según Santiago Ussher, se ajustaba más al modelo

³⁰ GROTE, Federico, “*Estado actual de la organización obrera cristiana en la República Argentina...*”; cfr. VIGNATI, Cornelio, “*El Círculo de Obreros y la acción social*”, en **Colocación de la piedra fundamental del edificio propio. VII Congreso Nacional de Círculos de Obreros**, Rosario, octubre de 1922.

³¹ **Semana Social**, Buenos Aires, 7 de enero de 1912.

³² **Semana Social**, Buenos Aires, 8 de septiembre 1912.

vigente por entonces en Italia.³³ Esta última tendencia se impondría finalmente en 1919, con la creación de la Unión Popular Católica Argentina, antecedente de la Acción Católica Argentina.

La LSA logró establecer secciones en las provincias de Buenos Aires (Dolores, Luján), Santa Fe (Rosario), Córdoba (Cabrera), Tucumán, Catamarca, Salta y Jujuy. En Rosario hubo dos secciones que funcionaban en las parroquias de San José y la Concepción, esta última contaba con 60 adherentes. En abril de 1912, también se consignaba un ingreso de 160 socios nuevos a la LSA en general, más 50 en Salta. Sus propagandistas a nivel nacional fueron Gustavo Franceschi y José Serralunga Langhi - luego miembro de la Liga Patriótica Argentina-; Agustín Denegri en Rosario; y Carlos Conci fue Jefe de Sección en San Carlos.³⁴ En 1914 la LSA contaba con 5.743 afiliados y 184 centros en todo el país.³⁵

Los círculos de estudios sociales.

Los Círculos de Estudios Sociales (CES) eran una iniciativa presentada a la Segunda Asamblea de Católicos Argentinos por los demócratas cristianos –DC-, corriente interna del catolicismo social argentino. A través de ellos, los DC procuraron mantener la cohesión entre sus adherentes a la vez que formar a nuevas generaciones en la ideología que sostenían.³⁶ La idea de crear círculos de estudios no era nueva ni exclusiva de los DC, sin embargo, la propuesta local reivindicaba la metodología de los grupos progresistas de la Democracia Cristiana europea. El Pbro. Franceschi, cuando presentaba su proyecto de los CES ante la Asamblea de Católicos de 1907, tomaba como referencia los éxitos obtenidos en Francia por *Le Sillon* y la *Jeunesse Catholique Francaise*³⁷ cuya eficacia fue reconocida por el propio papado, no obstante la dura crítica que, en otros sentidos, recibió el grupo dirigido por Marc Sangnier.³⁸ Éste había sido condenado por su interpretación subjetivista de la religiosidad, que lo orientó a actividad política y la neutralidad religiosa. Así, tejió alianzas con sectores ajenos a la

³³ Cfr. UNIÓN POPULAR CATÓLICA ARGENTINA, **Los compromisos de la Gran Colecta Nacional. Cómo se cumplen**, Talleres Gráficos Luis L. Gotelli, Buenos Aires, 1923 y LAMARCA, Emilio, **op.cit.**, Fasc. I, p. 3.

³⁴ **Semana Social**, Buenos Aires, 1911- 1912.

³⁵ MC GEE DEUTSCH, Sandra, **Counter revolution in Argentine (1900-1932). The Argentine Patrioc Ligue**, The University of Nebraska Press, 1981 (traducción Luis Justo), p. 61

³⁶ AUZA, Néstor T., **op.cit.**

³⁷ “*Discurso de Gustavo Franceschi*”, en **Segunda Asamblea de Católicos...**

³⁸ **Notre charge apostolique. Encíclica de San Pío X sobre los errores de Le Sillon y la democracia**, Roma, 23 de septiembre de 1910.

Iglesia y propició el acercamiento a las fuerzas republicanas y socialistas en el campo político y sindical.

Los CES propuestos por Franceschi en 1907, se concibieron como centros de formación de dirigentes y de propaganda. Cada círculo nucleaba un número limitado de miembros con este objeto. Eran *centros de instrucción* y de *educación social*. Estaban destinados a proporcionar una *disciplina intelectual* a los propagandistas socialcristianos y a los dirigentes de diversas organizaciones sociales de la Iglesia. La cuidada formación de estos hombres debía proyectarse hacia afuera, ganando *a la masa* para el catolicismo social.³⁹ Esto permitiría realizar la *justicia social* que debía *coincidir con el advenimiento integral del reino de Dios*.⁴⁰ Se pretendía formar propagandistas y dirigentes católicos y, a través de ellos, moldear *la conciencia de nuestros hermanos, de nuestros conciudadanos de todas las clases*.⁴¹ Es decir que se buscaba llegar al mayor número de personas, sin barreras de clases sociales pues creían que, mientras a los obreros les faltaba información sobre la doctrina eclesiástica y recibían la influencia de corrientes adversas al catolicismo, a las *clases elevadas* cabía enseñarles que la *propiedad más que un goce es una carga, y que tan desgraciado es el que abusa de su situación elevada como aquél que es víctima de los abusos*.⁴² Consideraban también que la formación universitaria de muchos católicos no bastaba, porque la enseñanza que ella instrumentaba no era la adecuada para los objetivos que se proponían.⁴³ Mientras, los obreros se presentaban como víctimas de los abusos de las clases ricas y de las “distorsiones” de socialistas, anarquistas o liberales, debido a su falta de instrucción y a la desidia de los propios católicos.⁴⁴

El fundamento del proyecto se apoyaba en un diagnóstico sobre la realidad argentina, que tenía implícito un concepto de *cuestión social* donde imbricaban factores morales, religiosos, económicos y sociales. Esta observación llevó a Franceschi a sostener que los signos claves de la cuestión social ya estaban dados en la Argentina, no como resultado de las ideas traídas por los inmigrantes, sino por las propias condiciones del país. Entre los elementos morales, Franceschi citaba la proliferación del alcoholismo, el concubinato, la falta de previsión y ahorro, tanto como el retroceso de la

³⁹ “*Discurso de Gustavo Franceschi*”, en **Segunda Asamblea de Católicos...**, pp. 191 – 203.

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ “*Discurso de Gustavo Franceschi*”, en **Segunda Asamblea de Católicos...**, pp. 191 – 203.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴ *Ibidem*.

religiosidad en el pueblo, resultado del individualismo liberal dominante.⁴⁵ Entre las causas de neto corte económico mencionaba la separación entre capital y trabajo, la alta concentración de obreros en las grandes ciudades, el maquinismo exagerado, la sobreproducción y la crisis económica, la inseguridad salarial y la ausencia de dispositivos de previsión para la vejez.⁴⁶ Por otro lado, decía que la *propaganda roja* no creaba la cuestión social, simplemente apresuraba la *exteriorización violenta y desordenada de las reivindicaciones populares*, que consideraba legítimas. No admitía la simplificación de interpretar las agitaciones sociales como fruto de la inmigración, ni tampoco justificaba el uso de la fuerza o de leyes represivas como respuesta al problema. Éstas, decía, *no matan las ideas y es la idea revolucionaria, que crece y se desarrolla en la inteligencia de los trabajadores, no sólo extranjeros sino también argentinos, es la idea revolucionaria quien hará peligrar antes de mucho las bases del edificio social, la prosperidad de nuestra patria, el cimiento de nuestros hogares.*⁴⁷ Coincidió en esto con los diagnósticos que habían realizado por entonces Federico Grote, Gustavo Martínez Zuviría o Emilio Lamarca.⁴⁸ Al igual que los grupos más extremos de la izquierda, pero desde la perspectiva contraria, todos ellos presumían que la revolución social era posible si no se respondía a los “justos” reclamos de los trabajadores. Por tal motivo, con su proyecto Franceschi pretendía combatir las ideas revolucionarias en las clases populares educándolas, moralizándolas, proporcionándoles una ideología alternativa, y propiciando un reformismo donde la noción de *justicia social* sólo podía encarnarse en una sociedad cristiana. Para poder construir ese reformismo alternativo era preciso apropiarse de los principios que harían posible la transformación social y, luego, era menester *ir al pueblo* –a todas las clases, pero ante todo a las masas-, propiciando la polémica y la confrontación con el adversario.⁴⁹

Los Círculos de Obreros: sindicalismo y acción política.

Hacia 1912 se sancionaba la Ley de reforma electoral que permitiría el ascenso del Partido Radical al gobierno. Ese año, la jerarquía católica mostraba preocupación por la escasa disciplina que manifestaban tanto el clero como los fieles en general,

⁴⁵ Ibidem.

⁴⁶ Ibidem.

⁴⁷ Ibidem.

⁴⁸ GROTE, Federico, “Estado actual de la organización obrera cristiana en la República Argentina y medios de cooperar á su acción”, en **Memoria de la Segunda Asamblea de Católicos Argentinos**, Tipografía Alfa y Omega, Buenos Aires, s.f.; MARTÍNEZ Zuviría, Gustavo (discurso), en **Memoria de la Segunda Asamblea...**, p. 72-73; Lamarca, Emilio, **op.cit.**

⁴⁹ “Discurso de Gustavo Franceschi”, en **Segunda Asamblea de Católicos Argentinos...**

imbuidos del “*espíritu del siglo*”. También propiciaba el fomento de la prensa católica en las distintas diócesis y de la Liga Social Argentina, que tenía entre sus fines la formación cívica de los católicos.⁵⁰ Finalmente, ordenaba “*que ningún clérigo pueda aceptar cargo ni afiliarse en partidos meramente políticos sin nuestro permiso*”.⁵¹

En el marco de este nuevo escenario político y con las tensiones mencionadas dentro de la institución, los Círculos de Obreros cambiaron de conducción y decidieron relanzar el sindicalismo católico.

En 1912 asumió Alejandro Bunge la dirección de los Círculos Católicos de Obreros (CCOO), quien se propuso un programa que reflejaba la ponderación de la experiencia católico social precedente, a la vez que entraba en sintonía con el clima de época. Si el interés de los Círculos había sido siempre la acción social, mutualista y gremialista entre los trabajadores, ahora tomaba un sentido nuevo, inmerso en un discurso donde el espíritu cívico, lo nacional y el fortalecimiento de la idea de patria se presentaban como la contracara del reformismo social.

Bunge declaraba que el rival del socialcristianismo respecto de las “*masas populares*” era el socialismo.⁵² Por tanto, el objetivo de la institución sería ganar posiciones entre los trabajadores frente a esa tendencia política⁵³ y, para ello, se planteaba reformular algunos aspectos que venían frenando su capacidad de acción. Los medios serían multiplicar los Círculos existentes y entregar la conducción de la institución a los obreros, lo cual corrobora que hasta el momento no era así. En adelante, las comisiones directivas de los Círculos deberían integrarse con obreros. También se proponían fomentar la agremiación y concretar la organización de “*sindicatos*” femeninos y masculinos; crear agencias gratuitas de colocaciones; sostener una ayuda mutualista eficaz; desarrollar la enseñanza profesional –por oficio– y fomentar los centros de estudios, bibliotecas y salas de lecturas. Asimismo, se llamaba a fortalecer la tendencia nacionalista de los Círculos.⁵⁴

De los puntos programáticos planteados por Bunge, algunos revistieron particular importancia y fueron eje del interés institucional. Esos ejes fueron el gremialismo, las agencias gratuitas de colocaciones y el espíritu nacionalista o

⁵⁰ AUZA, Néstor T., **op.cit.**, p. 39 y sigs.

⁵¹ AUZA, Néstor T., **op.cit.**, p. 41.

⁵² NIKLISON, José E., ed.cit., p. 157.

⁵³ *Ibidem*.

⁵⁴ NIKLISON, José E., ed.cit., p. 158.

“*patriótico*”.⁵⁵ Esta combinación nos hace pensar que se consideraba al sindicalismo confesional como una alternativa de reacción, que encubría el amarillismo detrás de la agencia de colocaciones y pretendía movilizar a su gente para preservar a la nación de “*ideas disolventes*”, muchas veces asociadas a lo extranjero.

Volviendo al conjunto del programa enunciado, la multiplicación de Círculos en las zonas urbanas del país es un dato concreto de la época. Se buscaba reforzar así la presencia de los católicos y reproducir su influencia en el conjunto de la sociedad. En Rosario, la creación del *Círculo de la Refinería* era reflejo de esta política implementada desde la Federación de CCOO, aunque ya al despuntar el siglo la necesidad estaba planteada.⁵⁶

Entre los católicos de entonces tuvo cierto consenso la idea de que la falta de obreros en la dirección efectiva de los CCOO era un obstáculo para su inserción en las clases populares.⁵⁷ Aunque ésta no sea la única causa, sí parece un factor a tener en cuenta. Resulta difícil constatar si tal modificación se llevó a cabo, en cuántos Círculos, en qué medida, con qué resultados y cuánta resistencia puede haber provocado en los dirigentes establecidos. En el caso de Rosario, su dirigencia representaba en buena medida a los grupos sociales y étnicos predominantes entre sus socios, sumado a la continuidad de figuras que habían construido una trayectoria dentro de la institución, una especie de elite dirigente.⁵⁸ Algo análogo sucedía en la ciudad, cuya clase dirigente estaba constituida por un porcentaje importante de inmigrantes ligados a la actividad independiente que, en pocas décadas, habían podido consolidar fortuna y posición en un marco de relativa movilidad.

Además, se insistía en la idea de dar forma a “*gremios*” o sindicatos, reclutando a sus propios socios. Esto se volcó en las resoluciones del VI Congreso de Círculos de Obreros (1916), donde se delimitaron claramente las atribuciones que la institución tendría al respecto. Se afirmó que (se) “*considera la agremiación como la obra más importante que debe emprenderse en nuestro país, determinándose a este fin que los gremios que se fundaren deberán serlo bajo la protección de los Círculos de Obreros que les facilitarán locales y prestarán toda suerte de auxilio para su mejor expansión y que, asimismo, en las asambleas mensuales de socios, en el órgano de los Círculos y en*

⁵⁵ Ibidem. Ver también **VI Congreso de los Círculos de Obreros**, s.l., s.e., mayo de 1916.

⁵⁶ **Boletín del Círculo Católico de Obreros**, Rosario, 1° de marzo de 1901.

⁵⁷ BIALET MASSÉ, Juan, **op.cit.**, pp. 280-281; VIGNATI, Cornelio, “*El Círculo de Obreros y la acción social*”...

⁵⁸ **CÍRCULO DE OBREROS DE ROSARIO, Registro de socios N° 1**, Rosario, 1895 – 1923.

todas las demás oportunidades que se presenten se hará propaganda gremialista de manera que la agremiación llegue a ser sentida como verdadera y grave necesidad por todos los miembros de la institución". (sic)⁵⁹ Y en los estatutos de los Círculos se incluyó por primera vez, como medio para lograr su fin fundacional –promover el bienestar material y espiritual de los trabajadores- la formación de gremios profesionales.⁶⁰

En la década de 1910, la insistencia en promover la sindicalización católica parecía revelar una institución que pretendía capitalizar la experiencia previa existente a nivel nacional e internacional, propiciando pero también marcando los límites dentro de los cuales era posible repetirla: bajo control de los CCOO, con presencia efectiva de trabajadores, educándolos en el patriotismo y fortaleciendo en ellos la identidad con la nación. El contexto de época, que se abría con los debates del Centenario y culminaba en la Semana Trágica, reeditaba los temores por la revolución social y creaba la urgencia de soluciones efectivas y de largo plazo. Tampoco es un dato menor la apertura política a partir de 1912, si tenemos en cuenta que el asesor de los CCOO de entonces –monseñor de Andrea- propició la creación del Partido Constitucional. Parecía pergeñarse así una doble vía de acción: desde un activismo social controlado, que reeducara a las masas en el civismo cristiano; y desde un partido político que diera forma a una coalición conservadora, nacionalista y católica para acceder al parlamento.⁶¹

En estos años los Círculos también propiciaron la agremiación femenina, impulsando la organización de los trabajadores según el sexo, con finalidades de ahorro, capacitación y protección laboral. Al respecto, el VI Congreso de los Círculos decía que la inclusión de la sección "*familias*" tendía esencialmente "*a la creación de instituciones obreras femeninas, autónomas, de marcha paralela a los Círculos actuales...*"⁶² Se crearon así diversos sindicatos, como "*Fosforeras de Avellaneda*", "*Sindicato Católico de Empleadas*", Sindicato "*La Aguja*" en Buenos Aires, y la "*Caja*

⁵⁹ VI Congreso de los Círculos de Obreros..., pp. 11 – 12.

⁶⁰ Estatutos de los Círculos de Obreros de la República Argentina. Reglamento del Círculo de Obreros de Rosario, Rosario, s.e., 1918.

⁶¹ CASTRO, Martín, "*Notables católicos, educación patriótica y la cuestión nacional: el caso del Partido Constitucional, 1910-1914*", presentado en el Seminario Problemas de la Historia Argentina Contemporánea, coordinado por Luis A. Romero y Lilia A. Bertoni (UNSAM), Buenos Aires, 2008, pp. 18-20.

⁶² VI Congreso..., p. 3.

Dotal de Obreras” en Rosario y Buenos Aires.⁶³ Esta última tenía por objeto promover los hábitos de ahorro en las jóvenes trabajadoras a fin de formar una dote para el matrimonio.⁶⁴

Las agencias gratuitas de colocaciones, estuvieron previstas también desde un comienzo, pero recién lograron cierta regularidad en esta década.⁶⁵ En las directivas de Bunge se definía como segunda prioridad de los CCOO promover, regular y coordinar la actividad de las Agencias de colocaciones de la entidad. Ellas serían puestas bajo la órbita de un Secretariado del Trabajo que también nuclearía agencias análogas de la Liga Social Argentina y de los salesianos. Se promovía ese Secretariado con el objeto de asistir tanto a trabajadores urbanos como rurales, apelando a la buena disposición de los empresarios y terratenientes.⁶⁶ Esta iniciativa, creemos, se relacionaba estrechamente con las prácticas amarillistas que siguieron empleando los católicos en esta década y que se instrumentaban desde estas agencias, como reverso de la agremiación católica.

Por último, en 1916 se planteaba el tema del nacionalismo en forma explícita, que era el tercer eje definido por Bunge en su gestión. El Congreso indicaba realizar en todo el país una “*intensa campaña patriótica social*” organizando conferencias en lugares públicos bajo el auspicio de los CCOO.⁶⁷ Asimismo, dentro de los Círculos se realizarían “*conferencias de carácter cívico*”,⁶⁸ otra innovación de la época, al menos en los términos de la propuesta. Se proponían también “*inculcar entre los extranjeros que militan en los Círculos, la conveniencia de obtener carta de ciudadanía, a fin de contrarrestar ejerciendo los derechos adquiridos la acción de aquellos que atentan contra el bienestar de la patria, la religión, la propiedad y la familia*”.⁶⁹ Y se establecía que la Junta Central de la institución nombraría una comisión especial para facilitar los trámites de nacionalización.⁷⁰

La finalidad que se perseguía mediante la propaganda a favor de la nacionalización de los inmigrantes era, en la coyuntura de la reciente aplicación de la

⁶³ NIKLISON, José E., ed.cit., p. 189; **Acción Social**, Rosario, 10 de febrero de 1917; y, en general, cfr. **Acción Social**, Rosario, 1916-1919.

⁶⁴ NIKLISON, José E., ed.cit., p. 275.

⁶⁵ **Boletín del Departamento Nacional de Trabajo**, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora “Juan A. Alsina”, 1913.

⁶⁶ “*Carta-circular 2. Agencias de colocaciones*”, en NIKLISON, José E., ed.cit., p. 161-164.

⁶⁷ **VI Congreso**... pp. 9-10.

⁶⁸ *Ibidem*.

⁶⁹ *Ibidem*.

⁷⁰ *Ibidem*.

Ley Sáenz Peña a nivel nacional, acercar una cierta cantidad de votos a los partidos católicos que pudieran fundarse o a aquellos cuyos candidatos sostuviera la Iglesia.

El impulso por la difusión de ideas patrióticas, la educación cívica y la nacionalización de los asociados también se inscribe en el marco de la ley electoral de 1912, de las expectativas que creaban las nuevas reglas de juego, y de las posibilidades abiertas para los diversos partidos políticos. Al respecto, hay que tener en cuenta que el VI Congreso de los CCOO –fuente que venimos trabajando- se desarrolló en mayo de 1916, cuando ya se habían realizado las elecciones presidenciales y un mes antes de que se reuniera el Colegio Electoral.⁷¹

Es probable que las expectativas católicas se dieran en dos sentidos distintos: por un lado, aumentaba la posibilidad de acceder al parlamento mediante un partido propio, aunque fuera minoritario y en alianza; pero, por el otro, se percibía como un riesgo serio el hecho de que el Partido Socialista pudiera ampliar su representación en las Cámaras. Ésta puede haber sido la preocupación primaria de los católicos desde 1912 hasta el triunfo del radicalismo.⁷²

La posición de los católicos frente al radicalismo fue, al menos, ambigua. Si bien Martín Castro afirma que, por ejemplo, el diario católico **El Pueblo** simpatizaba con la UCR, también menciona la cambiante estrategia electoral al respecto. En 1915, los constitucionales, luego de prometer su apoyo al PDP, terminaron votando a los radicales.⁷³ Mientras, al año siguiente, la UDC nacional resolvió votar a los candidatos a diputados del Partido Radical, a pesar de que dos años antes habían sostenido una alianza con el conservador y católico Partido Constitucional.⁷⁴

Pero existen matices. En la Provincia de Santa Fe se aplicó por primera vez la Ley Sáenz Peña, quedando bajo la hegemonía de la UCR hasta 1930. Una publicación socialcristiana de 1916, **Acción Social**, luego de confirmada la elección de Yrigoyen-Luna, manifestaba su preocupación ante la ausencia de programa del radicalismo triunfante: “*la Constitución Nacional no es programa de gobierno, sino sencillamente la base de cualquier programa...*” y agregaba “*esperamos el programa del radicalismo en el orden nacional...*” mientras tanto, para los no iniciados, bogamos en plena nebulosa del programa radical”⁷⁵ (sic) Parecen evidentes las dudas sobre el futuro

⁷¹ BOTANA, Natalio, **El orden conservador...**, p. 327,

⁷² CASTRO, Martín, ed.cit., p. 16.

⁷³ CASTRO, Martín, ed.cit., pp. 25-26.

⁷⁴ NIKLISON, José E., ed.cit., p. 243.

⁷⁵ **Acción Social**, Rosario, 20 de junio de 1916, Año I, N° 8.

político del país. El catolicismo social hacía hincapié en la existencia de programas para los proyectos políticos y sociales: la incertidumbre que planteaba el radicalismo no podía más que empujarlos a pensar en cómo ampliar la incidencia de los católicos en el marco de las nuevas perspectivas abiertas por la ley electoral. Incluso se hablaba de una tendencia “*cesarista*” en las iniciativas de tipo popular de “*los actuales gobiernos*”⁷⁶, mostrando reticencias sobre la gestión en marcha. En conjunto, creemos que el proceso que estamos describiendo –orientarse al partidismo político, concientizar a la ciudadanía católica, organizar y reeducar a los trabajadores- era otra forma de expresar la eterna desconfianza católica por la democracia liberal. Aumentar la participación, aprovechar las nuevas reglas, era la respuesta al sistema político ampliado que sancionaba la Ley Sáenz Peña y a las dudas que éste generaba.

En síntesis, la lucha que emprendía el catolicismo social debía dirigirse cada vez más a construir un “*ciudadano católico*”, asimilando también a los extranjeros y comprometiéndolos con los intereses de la nación adoptiva. En la perspectiva católico-social, este compromiso cívico suponía articular la ciudadanía política desde una moral inspirada en la religión cristiana, que contemplaba los intereses de la Iglesia, y los principios del reformismo social que impulsaban los Círculos.

En estos años los CCOO encararon una prédica más insistente en torno a los valores patrióticos y la tradición cristiana del país, que se expresó en conferencias públicas e institucionales, artículos periodísticos y campañas realizadas en fechas patrias como, por ejemplo, durante la celebración del Centenario de la Independencia.⁷⁷ Se pretendía, de este modo, reformar a la sociedad y rescatar los valores cristianos que se creían inherentes a la tradición cultural, reflejando un nacionalismo incipiente por oposición a las tendencias más plurales, que exaltaban el cosmopolitismo derivado de la inmigración masiva. Y, en segundo término, se consideraba que una concientización en este sentido estimularía la responsabilidad cívica de los católicos sociales, favoreciendo la posibilidad de incidir políticamente ante la transformación del sistema electoral y, ante todo, entre los grupos medios en ascenso y las clases populares.

Pero, además, el sindicato comenzó a ser visto no sólo como un instrumento de protección para el trabajador, para aislarlo de la influencia de la izquierda; sino también como un lugar de educación profesional y cívica. Sería por tanto el medio por

⁷⁶ NIKLISON, José E., ed.cit., p. 250.

⁷⁷ Cfr. **Acción Social**, Rosario, año 1916.

excelencia para llevar adelante la reforma social cristiana.⁷⁸ Organizar profesionalmente al obrero, fomentar en él apego a los valores patrios y recristianizar la sociedad constituirían diversas facetas de una misma acción.⁷⁹

Por lo demás, este objetivo de educación cívica del obrero era considerado ahora una finalidad específica de la institución y con su cumplimiento, “*se consolidaba el sentimiento nacional, base fundamental del orden social y del progreso*”.⁸⁰

Política y ciudadanía.

Buena parte de los discursos pronunciados durante la Segunda Asamblea de Católicos Argentinos (1907) se orientaron a dar continuidad al espíritu combativo que había caracterizado a la Asamblea de 1884, enmarcada en el conflicto de la Ley 1420. Se retomaba la idea de *lucha* contra los avances del liberalismo pero ahora, en el campo “anti –católico”, se consignaban otros actores: el anarquismo y el socialismo.⁸¹ El centro de la preocupación católica se localizó en la prensa, la educación y la cuestión social.

En cuanto a las ideas, se hablaba del trastorno social que provocaba el desconocimiento de la autoridad en la familia, la escuela, el trabajo y, respecto de los católicos, se mencionaba la *desidia intelectual* y la *pereza de pensar*, el *respeto humano*.⁸² Para cambiar este orden de cosas, se llamaba a la lucha y la organización metódica para rescatar a las masas y colocarlas bajo el influjo de la Iglesia.⁸³

Este espíritu combativo y los discursos, con frecuencia apocalípticos, parecían responder a la sensación de que los grados alcanzados por la conflictividad en las principales ciudades del país, durante la primera década del siglo, superaban los límites tolerables. Al respecto, Ricardo Falcón afirma que, en las dos primeras décadas del siglo XX, se produjeron niveles de agitación social que permiten caracterizarlo como *uno de los periodos de mayor lucha de clases de la historia argentina*, debido a la multiplicación de huelgas generales lideradas por las izquierdas de la época.⁸⁴ Un

⁷⁸ “*Carta-circular 3*”, en NIKLISON, José E., ed.cit., pp. 164-166; **La Verdad**, Rosario, octubre de 1920, Año I, N° 13.

⁷⁹ “*Carta-circular 3*”, en NIKLISON, José E., ed.cit., pp. 164-166.

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ **Segunda Asamblea de Católicos Argentinos...**, p. V; pp. 6-7.

⁸² *Ibidem*.

⁸³ LAMARCA, Emilio (discurso), en **Segunda Asamblea...**, pp. 5 a 17.

⁸⁴ FALCÓN, Ricardo, **La Barcelona Argentina**, Rosario, Laborde Editor, 2005, p. 114.

cúmulo de tensiones cruzaba las grandes ciudades de la economía agroexportadora, como Buenos Aires y Rosario.⁸⁵

No obstante, el discurso integrista dominante coexistió con otro que introducía matices. El rosarino Federico B. Valdés –ligado a los orígenes de la Liga del Sur– coincidía con la idea de *librar la batalla* y reorganizar las fuerzas católicas, como también sostenía que no se podía desterrar a Dios de la escuela porque estaba en las costumbres del pueblo, en el sentimiento nacional y en la Constitución.⁸⁶ Pero también apelaba a la justicia social, la tolerancia, la virtud y el mérito, instando a reformar los hábitos políticos teñidos de corrupción y fraude. Proponía asegurar la paz por la libertad, consolidar la autoridad sobre la base de los derechos, ya que *no hay pedestal más firme para los gobernantes que la libertad de los gobernados*.⁸⁷ Es decir, combinaba una concepción esencialista de nación, que perfilaba la asociación de catolicismo, tradición y patria, con una visión más plural, quizás más contractual, fundada en la libertad del individuo, en sus méritos y en los derechos constitucionales, como fundamento de una república transparente. Así, anticipaba elementos para la construcción de lo que, desde su perspectiva, sería el ideal de *ciudadano virtuoso*.⁸⁸

También afirmaba que el cristianismo era el único capaz de otorgar con la libertad religiosa, la libertad política, y que fuera de él se producía la muerte de las naciones.⁸⁹

En su discurso se nota un vínculo estrecho entre patria y religión, que también reivindicaba Lamarca para la Liga Social Argentina. Ella apelaría “*a la fe y el sentimiento patrio de sus miembros*” y, sin ser entidad política, ni religiosa, se comprometería con “*la prosperidad nacional*”. Creía que, en varios sentidos, la modernización y el progreso habían provocado un deterioro en la moral de las masas, que llevaba a la “*agonía del civismo, de las creencias y de las mejores costumbres de una nación*”.⁹⁰ Volver a moralizar era entrar en sintonía con un progreso que debía armonizarse con los valores de la cristiandad. De ahí que el objetivo de la LSA fuera recristianizar a las masas, reflejando cierto temor a la rebelión.⁹¹

⁸⁵ Ibidem.

⁸⁶ VALDÉS, Federico B.(discurso), en **Segunda Asamblea...**, p. 78-80

⁸⁷ VALDÉS, Federico B.(discurso), en **Segunda Asamblea...**, p. 78-80.

⁸⁸ MARTÍN, María Pía, *El mundo católico rosarino a comienzos del siglo XX. Orden, progreso y cristiandad en el espacio local*, en **Primeras Jornadas de Estudios sobre Rosario y su Región**, U.N.R., Rosario, 8, 9 y 10 de Octubre de 2003, p. 12 - 14.

⁸⁹ Ibidem.

⁹⁰ LAMARCA, **La Liga Social Argentina...**, Fasc. I, p. 4-5.

⁹¹ Ibidem.

En Lamarca había una crítica a la venalidad del voto que ponía en discusión la noción de pueblo soberano y de sufragio universal.⁹² Veía la solución en la instrucción y en la reforma que era capaz de llevar a cabo una organización como la Liga para transformar al *ciudadano sin dios* que sólo dejaría paso a la anarquía.⁹³ El discurso de Lamarca, no obstante, mostraba un diagnóstico pesimista que cristalizaba en la metáfora organicista del cuerpo social enfermo y de la muerte de la nación, invitando a *organizar la defensa social*, poco antes de que en el Congreso de la Nación se sancionara la ley homónima.⁹⁴

Finalmente, la LSA se propuso educar *ciudadanos concientes, cumplidores de sus deberes sociales y civiles, inculcarle el legítimo ejercicio de sus derechos, prescindiendo de toda tendencia a la política militante, y jamás permitiendo que se afilie a ningún partido (a la LSA), porque tanto valdría suicidarse.*⁹⁵ Se presentaba, nuevamente, la idea de un *ciudadano virtuoso*, conciente y disciplinado, dando a entender que la doctrina cristiana era la mejor garantía para el orden social. No obstante, consideraba el ejercicio de los derechos cívicos como algo deseable, mientras se enmarcaran en la moral religiosa, y sugería que el derecho de ciudadanía política llevaba implícitas significativas connotaciones sociales.

Conclusiones.

Hacia 1910, se introdujo un debate en torno al Centenario de la Revolución de Mayo, abundando las revisiones críticas sobre los resultados de la modernización, el impacto de la inmigración, la *amenaza social* y la idea de nación. En este marco, la Iglesia Católica inició una revisión de las nociones de orden y progreso bajo el tamiz de la recristianización.

Hemos escogido algunas instituciones del catolicismo social, como la LSA, los Círculos de estudios sociales y los Círculos de obreros para analizar el derrotero que siguieron a partir del Centenario. En conjunto, todas estas instituciones coincidían en el objetivo de formar hombres –militantes– y potenciar la propaganda a fin de recristianizar al pueblo, como respuesta a los problemas que planteaban la modernización, el capitalismo y la emergencia de la sociedad de masas.

⁹² LAMARCA, Emilio, *La Liga Social Argentina...*, Fasc. I, p. 8.

⁹³ LAMARCA, Emilio, *La Liga Social Argentina...*, Fasc I, pp. 10-11.

⁹⁴ ZIMMERMAN, Eduardo, *op.cit.*, pp. 160-161.

⁹⁵ LAMARCA, Emilio, *La Liga Social Argentina...*, Fasc II, pp. 12.

La LSA se proponía formar a los hombres, instruir al pueblo, realizar labor *agitativa* para combatir el *error* representado por las izquierdas, el liberalismo y el librepensamiento, definiendo una posición reformista en lo social y regeneracionista en lo político. Todo ello imbuido de una visión específica respecto del concepto de nación y de sentimiento patrio. El objetivo era formar ciudadanos católicos y, si bien se autoexcluía de la política partidista, pretendía crear una clase dirigente católica con proyecciones políticas.

Por su parte, la tendencia plasmada en los CES, compartía el propósito de *formar los hombres* adecuados para llevar a cabo la propaganda del reformismo católico, combatir al enemigo ideológico, y moldear la conciencia de los *conciudadanos*. En este registro, recristianizar la sociedad, *ir al pueblo*, suponía al mismo tiempo neutralizar el peligro de la revolución y resignificar las ideas de progreso y nación, incorporando la justicia social.

La Iglesia pretendía organizarse para la defensa, formar católicos militantes, pero todavía en el marco institucional vigente. Por un lado, algunos católicos introducían cierta noción de *ciudadano virtuoso*, a la vez que pretendían garantizar los derechos, la ley y la Constitución, otorgando una dimensión social a la ciudadanía, tal como se manifestaba en el discurso de Valdés. Otros sometían a discusión los principios de la soberanía popular y del sufragio universal -pensamiento de Lamarca-.

No obstante, por el momento, en el catolicismo social argentino se impuso cierto regeneracionismo orientado a moralizar el régimen vigente, legitimando el camino de la reforma electoral y sosteniendo una transformación social progresiva, que diera forma a una nación respetuosa de los valores cristianos. Ello permitiría que el predominio de “*ciudadanos sin dios*” fuera sustituido por una masa de “*ciudadanos católicos*”.